VIAJE AL CONGRESO DE "POÉTICA Y CRISTIANISMO", PASANDO POR SALAMANCA, MADRID, ROMA, SAN GIOVANNI ROTONDO Y MONTECASSINO, LO QUE COINCIDIÓ CON LA BEATIFICACIÓN DEL PAPA JUAN PABLO II, ABRIL-MAYO 2011. (TERCERA PARTE)

Jueves, 5 de mayo, 2011:

Mi despertador había fenecido, pero a María Helena le sonaron, al mismo tiempo, el del celular y uno que traía en la maleta, por lo que empezamos el día a las seis pasadas de la mañana, alistándonos y terminando de preparar maletas. Bajamos a desayunar a las siete junto a varios de los padres amigos, con cereal, café con leche y "colomba", que es el tradicional pan de Pascua italiano, realmente delicioso.

Ya nos habíamos despedido del padre Jean Paul, quien iba a dar un retiro a religiosas, y salimos con Sixto a esperar el taxi, cuando apareció otro padre indiano, Luke. Mientras llegaba el taxi entramos a la iglesita de Santa Helena (aquí lo escriben sin "h"), junto a la residencia, visita que nos resultó muy grata por la devoción que le profesamos a esta santa, de quien María Helena lleva su nombre.

Luke también nos acompañó en nuestro lindo recorrido a través de una Roma muy soleada, así como tan variada y "eterna", hasta arribar a la sede de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz.

A la entrada del aula magna, dedicada a Juan Pablo II, nos encontramos con Helena Ospina y Érika Chinchilla, además de Antonio Yglesias, mi amigo de años, con quien platiqué antes de la sesión.

El Congreso de Poética y Cristianismo se inició con una charla introductoria del Padre John Wauck, seguido por dos excelentes expositores: John Pearce, inglés, y Eduardo Torres-Dulce, español.

Éstos nos dieron una gran panorámica de la literatura, durante los últimos tres siglos, y aquello que mantiene el vínculo entre la fe y la razón, además del impacto del cine con mensaje cristiano, no siempre explícito, como ocurre en el Señor de los Anillos, a todo lo largo del Siglo Veinte. Utilizamos audífonos para algunas de las presentaciones, puesto que eran en italiano, inglés y español. Asimismo, me reencontré con Bogdan Piotrowski, de origen polaco y residente en Colombia, quien fue el traductor al español del poemario de Juan Pablo II, el *Tríptico Romano*, que produjimos en un DVD audiovisual de Editorial Promesa, junto con Helena Ospina, Antonio Yglesias y Pablo Vargas Dengo.

Pasamos, luego, a un refrigerio en el patio central del piso de entrada del edificio de la Pontificia Università della Santa Croce, lo que nos permitió alternar con varios de los participantes del Congreso.

Tras comprar los tiquetes del almuerzo, partimos con nuestras maletas de mano a través de la Piazza Navona hasta nuestro alojamiento en el Hotel Primavera, frente a la Piazza San Pantaleo, junto al Corso Vittorio Emmanuel II. Nos registramos con Michele en la habitación No. 15, del quinto piso, y después llegó Sixto, quien nos trajo en taxi las dos maletas grandes, lo que le agradecimos mucho.

Juntos nos devolvimos, disfrutando de tomar más fotos en la Piazza Navona, muy concurrida de gente y artistas, hasta llegar a la Università della Santa Croce, donde tuvimos un buen almuerzo junto con uno de los profesores de Sixto, Daniel Arasa, barcelonés del Opus Dei, terminando con un cafecito en el salón de al lado, antes de subir a conocer las aulas donde recibe Sixto sus clases de Comunicación.

Finalmente, llegamos con tiempo al aula número 307, del tercer piso, donde precisamente le correspondía a él ayudar a su profesor Jorge Milán, como asistente de la parte técnica de las presentaciones. Conectamos el equipo e incluso hicimos un ensayo con proyección de imágenes y sonido, constatando que todo estaba funcionando perfectamente antes de nuestra presentación.

Ésta comenzó, según lo establecido, a las tres de la tarde, aunque había llegado sólo una decena de asistentes. No obstante, nosotros la ofrecimos con mucha excelencia, dedicándosela especialmente a Juan Pablo II, quien de seguro la apreciaba desde el Cielo, por este recorrido poético de toda su vida.

Se fueron sumando algunas personas más y acabamos muy satisfechos, en la media hora que nos habían asignado. Posteriormente, nos sentamos a escuchar las ponencias de Helena Ospina, Onésimo Días y María Merino Bobillo, estos últimos españoles, todos con presentaciones muy interesantes.

Al concluir las exposiciones vespertinas llegó Bogdan Piotrowski, el traductor del polaco al español del *Tríptico Romano*, para pedirme la copia de nuestra presentación, y ofrecer enviarnos la suya por internet, igualmente sobre la poesía de Karol Wojtyla. También conversamos con Antonio Yglesias, evocando su etapa de estudios aquí en Italia durante los años sesenta, y, una vez que comenzó la mesa redonda final, con los expositores del día, optamos por salir, pues necesitábamos airearnos un poco.

Así que, tras comprar un DVD con las poesías de Juan Pablo II, recitadas en varios idiomas, atravesamos la Piazza Navona, en esta tarde repleta de gente, de cómicos y artistas, para luego subir a cambiarnos de ropa en el Hotel Primavera, e irnos, otra vez, a dar un paseo por el centro de Roma.

Empezamos visitando el Panteón Romano, un edificio impresionante de la época anterior a Cristo, de más de sesenta metros de altura, el cual constituyó uno de los primeros grandes templos de la antigüedad y, en realidad, el mayor de todos ellos, tanto de la cultura romana como cristiana.

De allí nos fuimos al templo de San Agustín, donde justamente se celebraba la misa, una vez más como cronometrada por la Providencia para nosotros. Esto nos permitió comulgar y, al finalizar la Eucaristía, asistir a una oración muy especial ante el altar de Santa Rita de Casia. También descubrimos que en esta iglesia está la tumba de Santa Mónica, la madre de San Agustín, por lo que dedicamos un rato a rezar a solas ante sus restos, confiándole a su intercesión algunas de nuestras necesidades.

Al salir ya caía la tarde y se ponía un poco más frío, por lo que, tras algunos intentos frustrados de comer al aire libre, en las mesitas de algunos restaurantes alrededor de la Piazza Navona, optamos por entrar a una tiendita de comestibles, donde nos vendieron dos tipos de pizzas calientitas y una botella de vino rojo italiano, que justo abrieron para nosotros, todo por tan solo doce euros.

Con esa comida nos devolvimos a nuestra habitación del hotel, para allí darnos un banquetazo de pizza y brindar juntos, con su buen vaso de vino, por esta experiencia inolvidable.

Antes de la hora de dormir, escribí el diario y pasé las fotos a la computadora, mientras que Lena alistaba las cosas de mañana, acostándonos pronto para así aprovechar bien el sueño nocturno.

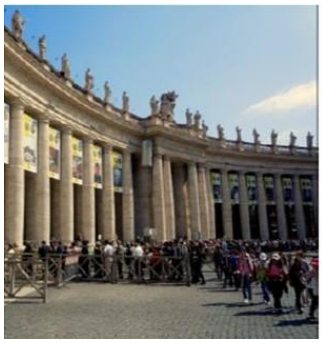
Viernes, 6 de mayo, 2011:

No sonó ninguno de los despertadores, hasta que nos dimos cuenta de que ya eran las ocho menos cuarto, lo que nos dio un poquito más de tiempo de sueño antes de levantarnos. Tras bañarnos y vestirnos bajamos, en el ascensor abierto, al pequeño desayunador del hotel.

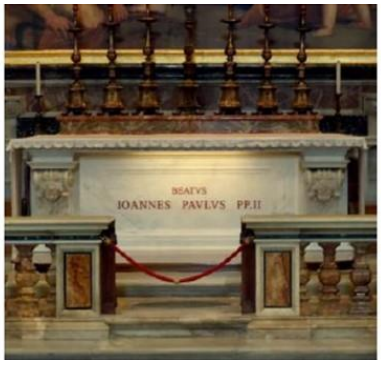
Allí, Michele (se pronuncia Miquele) y su papá nos atendieron muy bien, sirviéndonos café con leche y unos pancitos muy ricos, que me los comí con mantequilla y mermelada de naranja.

Entonces nos fuimos, cruzando la Piazza Navona, lo que aproveché para tomar alguna otra foto bonita. Antes del inicio de la sesión matutina del Congreso, saludamos a Helena y a un estudiante de Costa Rica, Gabriel, quien está haciendo su tesis sobre el poeta argentino Leopoldo Marechal.

Por nuestra parte, Lena y yo decidimos tomar un taxi que nos llevara a la Piazza di San Pietro, en un día soleado y esplendoroso. Si bien vimos que había largas filas, antes de entrar para aproximarse a la Basílica, éstas avanzaban rápido, lo que nos permitió tomar un par de fotos desde distintos ángulos.



Al final tardamos sólo unos veinte minutos hasta ingresar al templo y allí, en la capilla lateral de la nave derecha dedicada a San Sebastián, justo al lado de donde se encuentra la famosa “Pietá” de Miguel Ángel, ahora habían puesto el cuerpo de Juan Pablo II, desde hace apenas cuatro días. Éste fue trasladado de una capilla subterránea --donde antes había estado también el cuerpo de Juan XXIII--, cerca de la tumba de San Pedro, y visitada por miles de personas, incluidos nosotros en el 2008.



Nos sentimos privilegiados de concluir así nuestra peregrinación para participar de esta semana de la beatificación del Papa Amigo, y continuamos recorriendo la nave derecha hasta el frente.

Allí adelante se encuentra, desde tiempo atrás, el cuerpo del Papa Juan XXIII, quien fue tan inspirador en mi vida cuando yo era niño y jovencito, por lo que me emocionó orar ante su tumba.

Después, pasamos junto a la estatua de San Pedro, sentado y sosteniendo las llaves de la Iglesia, para admirar, posteriormente, una enorme estatua en mármol de la emperatriz Santa Helena, junto a la cual fotografié a Lena, ya que resulta ser tan significativa para ella al llevar su nombre.

Frente al altar mayor tomé fotos de la escalinata, que desciende hasta la tumba de San Pedro, y del vitral del Espíritu Santo, al fondo, donde tuvimos una asamblea eucarística dominical en el 2008.

En ese momento descubrimos que, justo en un altar dedicado a San José, hacia adelante de la nave izquierda de la Basílica, también celebraban misa, lo que nos permitió comulgar y tener un ratito de oración, al finalizar ésta. De hecho, durante nuestro camino de entrada por la Plaza de San Pedro ya habíamos iniciado juntos el rezo de los dos primeros misterios del rosario, y aquí concluimos con los otros tres misterios, los cuales nos sirvieron para interceder especialmente por toda nuestra familia.

Una vez terminado nuestro recorrido de salida por la nave izquierda del templo, pasamos a las tienditas de librería y de monedas, al inicio de la Columnata de Bernigni, donde adquirí un libro y unas imágenes de Juan Pablo II, para regalar, además de dos monedas conmemorativas de estos eventos, que completan mi colección mundial en lo que respecta al Vaticano, desde Pío XII hasta Benedicto XVI.

Asimismo, antes de abandonar la Plaza de San Pedro procuré tomar algunas fotos desde el propio obelisco, que está en el punto central de la Piazza, con el propósito de lograr una visión panorámica, hacia distintas direcciones, en este tiempo de celebración por el nuevo beato Juan Pablo II.

Ya afuera, conseguí un llaverito de Italia y gozamos con un muchacho que nos quiso demostrar los frasquitos de jabón líquido, que vendía, con el aparatito para hacer burbujas. Luego, tomamos taxi de regreso a la Piazza Navona, para reincorporarnos a la última mesa redonda matutina en el Congreso.

Cuando llegó la hora de almorzar, aunque María Helena y yo ya habíamos comprado los boletos para el almuerzo --por lo demás, sumamente baratos de cinco euros--, hubo un cambio de planes.

Helena Ospina nos anunció, más bien, que el rector de la Pontificia Università della Santa Croce, el padre Luis Romera, nos había invitado, al grupo de conocidos de ella, para tener un rato de convivio. De manera que nuestro encuentro con él comenzó en el salón de reuniones, contiguo a la rectoría.

Allí, a cada uno de nosotros se nos pidió que nos presentáramos, comentando algo sobre nuestro trabajo, lo que también hizo el rector, antes de compartir un aperitivo de fresco de frutas y bocadillos.

Posteriormente, fuimos invitados a acompañarlo a la terraza de este antiguo edificio, de cinco pisos, en donde nos tomamos unas fotos para el recuerdo, tanto de todo el grupo junto con el padre Luis, como en dirección hacia el Vaticano y la cúpula de la Basílica de San Pedro, al fondo.

El rector me expresó allí su interés de trabajar con los formadores de seminarios, sugiriendo mantener contacto para una futura colaboración de cursos, como los que ofrecemos en América, e impartirlo aquí en Europa, algo que nos halagó mucho y que dejamos en manos del Señor para cuando sea el tiempo oportuno. Finalmente, entre otras tomas fotografié el edificio del Quirinalle, antigua residencia Papal y actualmente el edificio de oficinas donde labora el presidente de la República Italiana.

Bajamos, entonces, al comedor privado de la rectoría, donde nos tenían preparado un almuerzo regio de varios platos, empezando por un arroz con almejas, seguido por una ensalada marina de todo tipo de mariscos, acompañada con vino blanco y agua mineral, para cerrar con una macedonia de frutas con helados y un delicioso café. Pero lo mejor de la comida fue el rato compartido entre todos.

En nuestro caso particular, conversé mucho con don Víctor Valenbois, a quien lo había leído, pero no lo conocía personalmente, si bien él sabía de mi papá por haber estudiado medicina en Bélgica, de donde él es nativo. Asimismo, platicamos un ratito con Jorge Chen, quien resultó ser un hombre muy erudito y miembro de la Academia Dariana, o sea, de Rubén Darío, en Nicaragua.

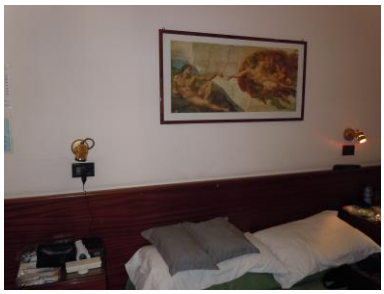
Lena y yo salimos sumamente satisfechos de este almuerzo y subimos a las aulas del tercer piso, con el resto de la gente, para participar de las presentaciones de Antonio Yglesias, sobre Semana Santa en Antigua Guatemala, y de Víctor Valenbois sobre Vincent Van Gogh, ambas muy interesantes.

Decidimos, entonces, regresar al hotel por una hora y media, pues necesitábamos acomodar ciertas cosas y, en mi caso, recostarme por un rato a relajarme, como una manera de reponerse de este ritmo tan intenso de vida que estamos teniendo en este viaje. También disfruté, por estas últimas veces, de la Piazza Navona en cada uno de nuestros recorridos entre el hotel Primavera y la Universidad.

De manera que, tras ese tiempo de receso, nos devolvimos a la Universidad de la Santa Cruz, por una media hora, durante la mesa redonda de cierre del Congreso, con todos los ponentes de las mañanas.

Además, la secretaria nos entregó, atrás del auditorio, nuestros certificados de participación, en los que se mencionaba la presentación que ambos ofrecimos sobre la poesía de Karol Wojtyla.

Finalmente, tras despedirnos de algunas personas, decidimos pasar por la iglesia de San Agustín a arrodillarnos, una vez más, ante la tumba de Santa Mónica y recoger unas estampitas para obsequiarle a las “Mónicas”, del Seminario San Agustín, en nuestro vecindario del barrio La Maravilla, en Sabanilla. Sin embargo, como subimos ante su altar ignorando un letrero de “vedado el paso”, el encargado llegó a sacarnos, un poco molesto de que no obedeciéramos la indicación del aviso. No obstante, Santa Mónica ha de haberse sentido muy complacida, en el Cielo, por nuestra despedida de ella aquí en la tierra.



De vuelta en nuestra habitación tomé alguna foto del atardecer, terminamos de hacer y pesar las maletas, dejándolo todo en orden para mañana, y bajamos a encontrarnos con nuestro amigo Lukas. El padre Lukas Wily es brasileño, pero nativo de Alemania, y fue el superior del "Mosteiro da Santa Cruz", allá cerca de la ciudad de Aparecida, donde lo habíamos visitado Lena, Claire y yo, en enero del 2010, tras su participación en mi curso a los directores espirituales de Seminarios brasileños, en julio 2009.

Fue un gusto compartir con él por un par de horas, sentados en una mesita al aire libre de un pequeño restaurante, cercano a la Piazza San Pantaleo, mientras platicábamos muy animadamente y con gran confianza de nuestras vidas, debido a la amistad que se ha ido forjando entre nosotros durante nuestros encuentros y hasta por internet. Él está llevando una especialidad en el tema de la formación sacerdotal, en la Universidad Gregoriana de Roma, y se nota muy complacido con toda su experiencia. Le regalamos un DVD del *Tríptico Romano*, además de un llavero y una moneda de Costa Rica, y, tras despedirnos esperando un próximo reencuentro, lo vimos partir ya de noche, con su sotana subida hasta las rodillas y conduciendo audazmente su bicicleta por las transitadas calles de esta urbe Romana.

Ya en el cuarto, nos acostamos rápido para aprovechar al máximo de un sueño reparador.

Sábado, 7 de mayo, 2011:

Hoy sí sonaron ambos despertadores, por lo que pasé a bañarme a las seis de la mañana, de forma que ya listos y con todo empacado bajamos maletas para devolver la llave y encontrarnos con la Sra. María, quien, siendo la dueña del Hotel Primavera, nos llevaría en su auto hasta el aeropuerto.

Aun así, nos tomamos unos minutos para visitar, al frente de la Piazza San Pantaleo, el pequeño templo donde descansan los restos de San José de Calasanz, el sacerdote católico, pedagogo y santo español, fundador de la primera escuela cristiana popular de Europa, en 1597, para niños pobres en Roma. La Iglesia católica lo considera el santo patrón de los educadores y maestros, junto con San Juan Bautista de la Salle.

A él le tenemos un gran aprecio por nuestra cercanía con los padres Escolapios, en Costa Rica, a quienes les he dado algún curso, así como en el ITAC, y por nuestra asistencia frecuente a sus misas.

De camino hasta el aeropuerto Fumiccino, la señora María nos contó de su vida como empresaria hotelera y yo logré comunicarme bastante bien en mi rudimentario italiano, que he ido perfeccionando con toda la práctica de estos días. Nos despedimos de ella, quien resultó la abuela de Michele, el actual joven administrador del Hotel Primavera, y le tomé una fotografía junto a Lena para el recuerdo.

Ya dentro del aeropuerto, subimos a disfrutar de un cafecito al Mc Donalds del segundo piso, para luego entregar maletas y entrar al área de salas de abordaje, tomando algunas fotografías llamativas mientras abordábamos nuestro avión de una línea regional de Iberia, de Castilla y León, a donde llegamos en un transporte locomotor, pues era un avión pequeño. Allí nos dijeron que el avión tendría un retraso, pues el aeropuerto de Barajas, en Madrid, estaba bajo una tormenta de lluvia y contaban con solo una pista habilitada, de las cuatro, para el aterrizaje y despegue de los aviones. Yo aproveché el retraso de más de una hora y todo el trayecto de dos horas hasta Madrid, en actualizar parte del diario, comernos unos maníes con jugo de naranja y suficiente agua, además de orar y dormitar por ratitos.

Al llegar a Madrid no hubo problemas, gracias a Dios, para aterrizar. No obstante, por más que corrimos para desplazarnos entre la Terminal 4 y la terminal lejana U, tomando un “transfer” hasta la puerta 61, ya las puertas para abordar nuestro próximo vuelo se habían cerrado. Junto a un grupo de italianos que también volarían a Panamá, como nosotros, más que una fila hicimos una aglomeración ante el mostrador de atención al cliente, de Iberia, aunque poco a poco nos fuimos ordenando y no fue sino hasta dos horas y media después que a María Helena y a mí lograron atendernos.

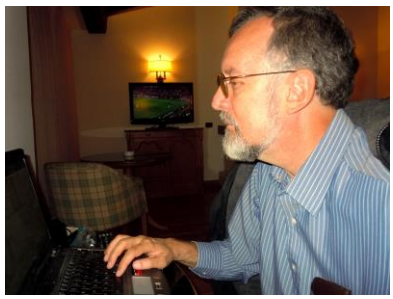
Gracias al Señor nos reubicaron en un vuelo directo entre Madrid y San José, que partirá mañana al mediodía, por lo que nos entregaron nuevas tarjetas de abordaje, pasamos por aduanas y nos trasladamos a recoger maletas, pero decidiendo dejar nuestro equipaje grande en Iberia.

Salimos, así, del aeropuerto, solamente con nuestras maletas de mano, para abordar un autobús que nos llevaría hasta el Hotel Tryp Los Ángeles, en Getafe, bien lejos de Madrid, junto con muchos otros pasajeros que perdieron sus vuelos debido al mal tiempo.

Sin embargo, ya para las seis de la tarde había vuelto a salir el sol, y disfrutamos del trayecto, así como de tomar fotos en los alrededores de nuestro hotel, donde procuraron atendernos con esmero, de una forma que ayudó a borrar la mala experiencia que habíamos vivido en el aeropuerto.

Nuestra habitación resultó ser sumamente amplia y agradable, y pudimos llamar a nuestro hijo Jean a Costa Rica para contarle de nuestro atraso, puesto que no llegaríamos hoy sino hasta mañana.

Nos ofrecieron una espléndida cena, con entrada de paella valenciana --estamos en el camino hacia Valencia-- y un plato fuerte de pollo empanizado con papas a la francesa, todo regado con un buen vino tinto de mesa y un rico helado de chocolate para rematar la comida. El encargado del hotel, Jorge López, se portó muy solícito con nosotros, y, mientras Lena se tomaba su café descafeinado en la barra del bar, yo pude ver en la TV una jugada extraordinaria de tenis, en la que Djokovic le ganaba el segundo set de semifinales del “Abierto de Madrid” a su oponente Bellucci, que me emocionó mucho.



Ya en el cuarto, María Helena hizo sus ejercicios respiratorios y se acostó adormir, aunque yo me quedé despierto un buen tiempo más. Completé el diario de estos dos últimos días, además de ver en TV el primer tiempo del juego entre el Real Madrid y el Sevilla, que se está jugando a estas mismas horas, y en el que el Real anotó tres goles por intermedio de Sergio Ramos, Cristiano Ronaldo y Kaká.

Al día siguiente me enteré por el periódico que el resultado final fue de goleada, ganando el Real Madrid 6 x 2, con cuatro goles de Cristiano Ronaldo, los cuales pude disfrutar en las repeticiones de un programa deportivo. Me acuesto muy agradecido con Dios por esta extensión de nuestra estadía, aquí en España, que Él nos ha querido conceder como una muestra más de su amor por nosotros.

Domingo 8 de mayo, 2011:

Pusimos los despertadores para las 6:30 am y sonaron sin problema, pero estaba tan calientito debajo de las cobijas que nos quedamos media hora más, antes de levantarnos a enfrentar el frío exterior.

Era una mañana bonita y caminamos los cien metros hasta la entrada del hotel, aprovechando que no habían abierto el comedor para tomar unas fotos de los bellos rosales que cultivan aquí.

El desayuno, tipo buffet, nos permitió comer jamón estilo español, por una última vez, además del café con leche, cereal y panes sabrosos. De vuelta en el cuarto terminé de actualizar el diario y pasé todas las fotos recientes a la computadora, con tiempo suficiente para guardarlo todo y llegar a tomar el autobús, que retornaba con todos los pasajeros varados hacia Madrid.

En Barajas no tuvimos problema para pasar los puestos de registro y sentarnos a esperar la salida de nuestro avión, después de un par de compritas para los últimos regalos a los parientes y amigos, así

como la revista “Time” sobre el asesinato de Osama Bin Laden, que me permitió ponerme al día con los entretelones de este evento extraordinario, ocurrido justo en esta semana de nuestro viaje por Europa.

Ya en el avión, tuvimos tiempo durante once horas, cruzando el Atlántico, para leer los diarios y la revista mencionada, así como el libro de San Benito y la guía de la Abadía de Monte Cassino. Tuve un par de ratos de siesta, intercalados con tres tiempos de comida. El primero fue de almuerzo formal con carne de ternera, papas asadas y ensalada, incluyendo vaso de vino tinto; el segundo de aperitivo de media tarde, consistente en un sándwich con jugo de naranja; y el último, antes de aterrizar, con una comida ligera de emparedado de jamón y queso, repostería de “orejitas” crujientes y un chocolate.

Aunque largo el trayecto, lo aproveché muy bien, sin dejar por fuera tiempos de oración y un rosario que rezamos juntos Lena y yo. Al llegar a Costa Rica, pasamos comprando un par de botellas de Coñac, que le sirvan de base a María Helena para la fabricación de sus esencias florales, además de un whiskey y vino tinto para la casa. Pasamos aduana y migración con facilidad, pero, a la salida, nadie nos esperaba de VEMSA, pues no llegamos ayer, en el vuelo convenido, lo que hizo que nos viniéramos con un taxi de porteadores, conducido por un chofer llamado Pedro, muy amable, con quien me vine conversando todo el trayecto, en una tarde nublada y hasta lluviosa al llegar a la casa.

Jean nos ayudó a meter las cosas y platicamos de muchos temas relacionados con los eventos ocurridos en estas semanas, tomándole una última foto del viaje a él y a María Helena, cuando ésta le mostraba su título doctoral traído de Salamanca. Ya en casa se me vino encima el cansancio acumulado, lo que durante la noche me hizo experimentar síntomas de principio de gripe, aunque gracias al Señor llegamos muy bien y sumamente agradecidos por tantísimas bendiciones en este tiempo de viaje.